

RESEÑAS DE ENSEÑANZA

Reseñas de enseñanza

Primera parte. Reseña con interpolaciones del Seminario de la Etica

En una caja de cartón que contenía una copia estenográfica de las lecciones dictadas por Jacques Lacan en 1959-1960, se encontraron diecinueve hojas dactilografiadas que llevaban por título La Etica del Psicoanálisis, con correcciones de su mano.

Al pie de la primera página figura la nota siguiente: Cf. acerca de la fecha del seminario de Jacques Lacan, cuya reseña es ésta, y acerca del retraso en su aparición, cf. la advertencia que se hizo figurar como prefacio de esta publicación. Esta advertencia no se encontró nunca.

Por el momento es difícil fechar este texto con más precisión que: comienzo de la década de los 60. Las dos interpolaciones señaladas por el autor son seguramente defines de la década de los 60 (después del 68).

Estas páginas no pueden considerarse como un escrito de Lacan; el texto, obviamente, está inconcluso, pero es mucho más que un borrador.

(J.A.M.)

Por qué el tema? Porque va al hilo de nuestros discursos anteriores.

Será una prueba decisiva para esas categorías de lo simbólico, de lo imaginario y de lo real de las que partimos para situar la experiencia freudiana.

Esta experiencia nos devuelve al “universo de la falta”. La fórmula, como se sabe, es de Hesnard, y sólo le falta el término de mórbido con que lo califica.

La morbidez es aquí, sin duda, atinente. Pero ello no da pie a que se nos prometa que por reducir la morbidez, se va a volatizar la falta. El que un médico apasionado juegue con este espejismo no sustrae a la comicidad propia de estos tiempos el que unos religiosos lo acepten.

¿A quien de los antedichos habría que recordar la atracción de la falta?

¿Cuál es esta falta? Seguramente distinta de la que comete el enfermo para castigarse o que lo castiguen...Los números entre corchetes hacen referencia al número de página en el original. Versión castellana de 1984

¿Será acaso aquella de la que Freud da cuenta, en los primeros tiempos de su descubrimiento, mediante el asesinato del padre, felix culpa de otro tipo, ya que de ella proviene la ley original, la ley por la cual la sociedad humana es cultura?

¿Será esa falta más oscura, debido a la cual el hombre resulta faltar al imperativo de la vida, la pulsión de muerte, para decirlo todo, la única por la cual Freud, al final de su obra, logra rematar con una paradoja el puesto del hombre en la naturaleza?

Pues de allí partió, o más bien, volvió a partir, del paso antiguo de la filosofía, a saber: que la ética no ha de estar referida a la obligación pura. El hombre en su acto tiende hacia un bien. El análisis revaloriza el deseo en el principio de la ética. La propia censura, al comienzo única figuración de la moral, toma de él toda su energía. Parece no haber otra raíz de la ética.

¿Basta esto para dar cuenta del punto de partida de la experiencia freudiana, a saber, el círculo cerrado, en la medida en que no logró romperlo el intento de liberación naturalista del deseo cuyo parangón produjo el siglo XVIII con el hombre del placer?

Antes de mostrar el parentesco del freudismo con lo que vino luego de este intento, señalemos, en efecto, que procede de su fracaso.

La experiencia freudiana parte del hecho de que no nos enfrentamos a un hombre menos culpable, después de la crítica con la que los libertinos quisieron reconfortarlo.

Cuanto más creen poder descargarse reduciendo la obligación a funciones de orden, tanto más aparece de hecho el carácter contrariante y hasta conflictivo de su imperativo; y estas incidencias, ya sin medida por ser más pesadas, revierten más que nunca a su cuenta la distribución de lo patológico, en el sentido kantiano del término

A decir verdad, un examen más detenido de este hombre del placer, como el que hemos realizado con la lectura de Sade, Mirabeau, y sobre todo Diderot, muestra que no había olvidado alguno en su insuperable crítica. De atenernos a los dos primeros, vemos patentes en ellos el desafío y hasta las ordalías, que ponen a Dios en el banquillo de los acusados, manteniéndole así su facultad judicial. Si Diderot puede borrarlo de sus papeles es por inscribir en ellos el plumazo que está en el centro del placer.

Ningún asombro entonces de que el problema nos llegue intacto. Freud lo retorna por otro extremo: el que le proporcionan esas admirables teóricas a quienes se llama histéricas.

El discurso de las histéricas conduce a Freud a la perversión polimorfa en tanto reina sobre el mundo que une el niño a la mujer, y que en las facetas de este cristal se evidencia la forma de donde toma su fuerza el deseo.

¿Pero fue acaso para lo que después se hizo con eso? A saber, esa exégesis que reduce esta perversión a no ser más que vía preparatoria de quién sabe qué totalización que vendría a resolverla en un fin armónico.

La ética del psicoanálisis, entonces, no sería sino el concierto de un moralismo más comprensivo, del que podría creerse que porque amansa en cierto modo lo que hay de pervertido en el goce, considerado como fuente primordial de la culpabilidad, la apacigua.

Sin embargo, esto es propiamente desmentido, en el universo del psicoanalista, por las resistencias que encuentra cuando su práctica se guía según esta visión, y que condenan su acto a las reacciones más deplorables.

Esto, entonces, no es más que una contribución al expediente de una ética de la que ni siquiera puede decirse que hay que retomarla, ya que aún queda por enunciar su proyecto.

De ella, retengamos solamente lo que nos divorcia de ese gesto de rechazo de Aristóteles, que le permite darse por liberado, en el plano teórico, del hecho patente, tal vez más en su época que en la nuestra, de los excesos a los que algún tirano puede dar figuración pública, relegándolos al dominio de lo bestial.

Nuestro saber, al etiquetarlos con la dimensión de lo sádico, nos conmina a marcar su lugar en el cuerpo de lo sexual.

¿Habremos saldado así nuestras cuentas con la ética, por suministrarle una mitología laica, cuyo texto princeps es Tótem y Tabú, aunque se complete con una norma genética, que da como resultado la presunta instancia del superyó, entidad propicia a las trovas alegóricas y hasta a las escenas de guiñol?

¿Cómo podría génesis alguna (y menos una génesis imaginaria) satisfacer una práctica que no admite ninguna deferencia con las exigencias del llamado superyó, aunque pueda tener que dedicarse a circunscribirlas?

¿Acaso no supo valerse de la autoridad de otro imperativo, el cual no es clandestino, que sepamos? “Wo es war, soll Ich werden”, dicho en francés: “Lá ou c'était, ce qu'est Je dois venir” (“ahí donde estaba eso, lo que es Yo debo venir”). [N.T.] En todo lo que sigue, “Yo” traduce, je, pronombre personal sujeto de la primera persona del singular, y no moi.*

¿Se distingue el soll alemán del schuldig de debe y haber, y del mub que ya no da más, para que dejemos perderse el imperativo que instituye frente al superyó, y que es de otro orden?

En verdad, los psicoanalistas se dedican tanto a confundirse unos a otros sobre lo que hacen, que reducen lo que hacen de modo confeso, a lo confuso.

La advertencia contra la ambición de hacer el bien de sus pacientes, que les viene de Freud, no les impide forjar ideas sobre una norma, que no por pretenderse requetenormas, son menos ideales,

Por otra parte, el deber de no responder a la demanda que suponen todas las demás demandas de su paciente, la de saber qué quieren ellos, les resulta tan pesado, que creen que con eso se justifica que ellos mismos lo ignoren.

Por consiguiente, ¿cómo no habría de olvidar ese imperativo, por más que la gente se encomiende a su oficio en su nombre, si es precisamente el que más eluden?

Sin duda se les paga por saber que a ese deber que Yo venga no es seguro ni, mucho menos, que Yo satisfaga.

En esto como en tantas otras cosas, sería conveniente, sin embargo, que no dejaran a los neuróticos sacarles tanta ventaja.

Cuando la cuestión de saber si Yo no merezco tantos cuidados -a título de deber, entiendo Yo- como los mandamientos absurdos, obscenos o feroces que Yo recibo de mi conciencia, es a fin de cuentas el eje en torno al cual se libra la lucha ansiosa del obsesivo.

Y para decirlo todo, la pregunta sobre qué hay del deber al que ha de darse la primacía, el deber consigo mismo, con los demás, con Dios, podría calificarse como la pregunta más común (y hasta, en cierto sentido, universal), si justamente por ser el prelude de que Yo debo advenir, no fuese por ende privilegio de cada quien (y por consiguiente, lógicamente particular).

El por qué de que no se aloje finalmente sino en la particularidad, se debe a que sólo le responde lo que de ella advengo Yo.

Con esta observación, se precisa el enunciado de nuestro proyecto. El de la ética que encuentra su asiento en una lógica.

Hemos dicho que hay que entender desde el punto de vista lógico que esta ética se introduce con un enunciado particular. Solo puede ser el siguiente, aunque no pasara de ser hipotético:

Existe alguno de quien Yo ya no está por venir.

Nueve años más tarde, para el proyecto de definir el acto psicoanalítico, partimos de un enunciado de igual forma: existe un psicoanalista (en el cual, por tanto, la reserva que marca la hipótesis estaba más acentuada).

A esta pregunta, a la que no conviene sino la particularidad, el psicoanálisis sólo ha respondido hasta ahora proponiendo ideales.

El primero, que no podemos por menos que sacar de su pudibundez, es el del amor médico. Hemos denunciado su vaguedad. Es de añadir que su pudibundez, según se

sospecha, es bastante buscona. Si no, su optimismo sería imbécil. Preso en este dilema de poco lustre, que se vaya a bañar.

El segundo ideal es el del desenmascaramiento. No es una garantía de autenticidad. Aunque a su favor haya que anotar que no preconiza ninguna virtud, abstención necesaria a la proscripción de la mentira, pero que no basta para asegurarla: como la comprobamos cuando un coprófilo notorio, por ejemplo, promete la felicidad (con gato encerrado) del acceso al estadio genital del deseo, cuando solamente lo incertificable de la castración que lo constituye permite decir que no hay menos oportunidad de encontrarla en ese estadio que en los anteriores.

El tercer ideal es el de la no dependencia o, mejor dicho, el de una profilaxis de la dependencia. Sin duda, es válido para excluir de la práctica analítica el consejo educativo, es decir, el recurso a las costumbres, las buenas, por supuesto. Ya que es propiamente cerrar la puerta donde estaba que Yo no pueda someterme a ellas porque es puerta que abre a muchas malas. Pero basta con haber percibido que Yo no pueda entrar sino por ella, para que se haga más que dudoso que Yo de ella no dependa por esencia de Yo, puesto que allí donde eso estaba, era forzosamente del Otro lado.

La entrada en juego del psicoanálisis parece indicar, por el contrario, que la entrada en Yo que permite debe lo que de bueno tiene al signo que lo consagra como fallido: y por ende, aún bajo la férula de su dependencia.

Es bien conocido el chiste con que Aristóteles introduce su Etica entre Oeoz y hqoz. Y que asimismo Freud excluya todo recurso a uno y otro, marca de nuevo la distancia con que se instaura nuestro propósito.

Esta segunda coordenada no es menos indicativa que la primera por denunciar la homonimia del principio que ambos extraen del placer.

El que sea propicio en Aristóteles para suponer hasta para el propio mundo la idea de un Bien soberano, no ha de recordarse sino a fin de medir la oposición de que parte Freud al dar por sentado que la felicidad no tiene nido que valga, ni en el macrocosmos ni en el microcosmos

En esto Freud da fe del camino recorrido por el pensamiento que los separa, y quiere que se le ubique según el mandamiento de su época.

La conversión freudiana cobra su sentido si se inserta en el límite preciso donde, a partir de la devalorización efectuada por Hegel de la posición del Amo, desde entonces reducida a la del “cornudo magnífico” de la historia, se instaura la conversión llamada utilitarista.

Su conjunción, sin embargo, se nos escaparía a no ser por una obra que muestra con qué se ordenan ambas conversiones una según la otra: con la referencia lingüística que decidió el destino de Freud y que nuestra enseñanza restaura..

A Roman Jakobson, ante quien tuvimos, por añadidura, la dicha de presentar estas palabras, debemos el haber podido ampararlas en esa obra.. Se trata de la Theory of Fictions de Jeremy Bentham.

En esta obra, fictitious no quiere decir ilusorio ni engañoso. Fictitious quiere decir ficticio sólo en la medida en que responde exactamente a lo que nosotros queremos decir cuando formulamos que toda verdad tiene una estructura de ficción.

Con lo que admite de real esta ficción verídica, Bentham logra situar como utilitario cuanto le interesa del bien -del bien en tanto real, es decir, en la medida en que el placer que reparte no dependa de una distribución regida a placer. Esta jurisprudencia, al preservar de las ficciones del cambio el valor de uso, lo separa también del placer que, igual que en Aristóteles, lo relegaría para dar paso al único Bien soberano de ser placer teórico.

Justamente allí, sin embargo, Freud hace que se devuelva el péndulo. La experiencia le demuestra que una vez que se ha delimitado el bien de esta manera, su placer se agosta por provenir de otra parte: propiamente de la ficción que está a la merced de lo simbólico.

El que el inconsciente tenga la estructura de la ficción por tener la del discurso, el que el placer que allí domina sea el de la repetición de un signo, nos obliga a darle más vueltas a la manera de hacerse valer allí lo real.

La tesis que ha de establecer este discurso es la siguiente: el acto que estructura lo simbólico encuentra el sostén de lo real puro a través de la ley moral.

Esta tesis puede parecer trivial, pero también es paradoja: de una parte, hace palpable por qué la ley moral contraría el placer, pero de otra, pareciera que hace descender la misma ley de las alturas desde donde se ofrecía como ideal.

Todo se reduce al sentido que ha de darse a lo formulado por Freud como principio de realidad.

El movimiento psicoanalítico, cuya confusión muestra de sobra que la carga lo rebasa, se hubiese disipado bajo ella a no ser por la protección que le da el prestigio del acontecimiento Freud.

Basta con formular esto para que cada quien lo suscriba.

Nótese de paso que el acontecimiento Freud no debe clasificarse como los que añaden un nombre más a la lista de los que acrecentaron el número de bondades que la humanidad ha tenido que encarar.

Nada emparenta al acontecimiento Freud con ese tipo de meteoros, ni con lo efímero de su paso, o, digamos, lo efimesmérico.

El acontecimiento Freud no ha de aprehenderse actualmente en ninguna otra parte sino en los escritos trazados por la mano de Freud: sus obras, como se dice.

Por ello mismo, queda fuera del alcance de los que se contentan con hojear dichas obras, caso, por demás, confeso y muy corriente entre los psicoanalistas: no hay porqué dar razón de él, ya que lo demuestra de sobra su producción común.

Como esta incapacidad de leer no es privilegio suyo, nos vemos en la obligación de advertir que estos escritos no representan la historia del acontecimiento. Los escritos son el acontecimiento: participan, desde luego, de la temporalidad inherente al discurso, pero el acontecimiento es un acontecimiento de discurso, y con toda adecuación, ya que no hay acontecimiento que no se sitúe respecto de un discurso. La práctica de los escritos de Freud permite apreciar que su relación con el acontecimiento es una relación de resguardo, como si se tratase de un rescoldo: porque son el acontecimiento, puede decirse que lo cobijan.

Esto, por supuesto, no puede decirse de las conferencias que lo exponen a la intemperie. En ello estriba toda la diferencia entre la palabra y el discurso; y se entiende que haya psicoanalistas, y aun almas en pena del limbro universitario, que no han leído más que la Introducción al psicoanálisis.

Esta interpolación explica ciertas condiciones del seminario que hemos creído preferible obviar aquí, cosa que ahora puede tomar la apariencia de un descanso en el propósito.

Hace diez años, el asunto no era involucrar a nuestros oyentes en textos que sólo explicaban realmente el atajo que formaban, es decir, sin que tuviesen la menor sospecha de ello como sujeto.

Para no quedarnos en eso, fue necesario que nuestra audiencia cambiara por los oficios de aquellos que en nuestra palabra no oían más que una bendición. En efecto, nos veíamos reducidos a encontrar a esos textos, un sentido a su alcance.

Devolverlos a la época del Proyecto, no podía ser para demostrarles cómo, en aquella época, Freud articulaba ya la misma estructura que habría de instalar como inconsciente, en la delimitación que trazaba entre sugestión e hipnosis.

Sino para impresionarlos con la ambigüedad presente ya en ese trabajo no reconocido, sobre la asignación al placer de efectos que son efectos de señuelo, y que no logran con su aparejo asegurar la satisfacción que, no obstante, se pretende que presiden.

En efecto, este aparejo, en sí mismo, no garantiza nada más que la alucinación de aquello que- está hecho para volver a encontrar, a saber, el goce.

Esto equivale a subrayar el encuentro, en el sentido especificado de felicidad, de la tñch griega, a expensas del automatismo que es lo propio de toda función de adecuación.

El temperamento que se logra con los stimuli propios del sistema definido como neuropsíquico, o, dicho de otro modo, la homeostásis de las cantidades de placer (Qh) que vehiculiza, se obtiene exclusivamente de los efectos de repartición intra-sistémica.

O más bien, el placer no está hecho más que de ese temperamento. Por, lo cual se justifica el uso del término al quedar reubicado en la tradición que lo fijó como hedonismo. Que en cuanto al placer, no demasiado haga falta, a no ser que comience la pena, es cosa cuya significación propiamente no es sino ética. Posición esta, la única, que concilia la ambigüedad, destacada por nosotros, de un principio del placer cuya coherencia depende de que lo sea también del displacer, porque suele no atinar, y aún

más de la cuenta, con el mandato respecto de la fruición, del goce de un objeto en tanto ya detectado como objeto propio a la satisfacción de una necesidad.

Con este proceso se esboza que lo que constituye su meta sólo se ordena, justamente, mediante un efecto de marca, que será propiamente el obstáculo en su camino, ya que la marca puede volver a surgir sola por el esfuerzo de encontrar la meta.

Al sujeto del placer, en efecto, nada le asegura que se trate de una captación efectiva del goce, el cual sólo puede actuar aquí como fin si se le supone como previo. Nada, sino lo que atesta de realidad, en eso que bien vemos que no puede rebasar el fantasma, el solo gusto de la cualidad sensorial que especifica, en cierto modo, cada uno de los órganos llamados de los sentidos (sistema w en los esquemas de Freud de ese entonces).

Esto, por supuesto, sólo puede decirse del sujeto del placer. Está claro que la cantidad de estímulos que embisten su organización tiene que encontrar también una descarga por la vía de una equivalencia energética, y que el aparato nervioso es una de las centrales de la regulación del organismo.

Por consiguiente, es aún más llamativo que una parte muy probablemente ínfima de este aparato nervioso esté acaparado por una escenificación cuya relación con las funciones que definen la sobrevivencia del individuo a quien pertenece como órgano, es remotísima: que, para que quede claro, el sujeto de esa escenificación no puede no distinguirse de este individuo.

Nadie afirma más poderosamente la realidad que Freud, y lo hace precisamente a partir de la precariedad de su acceso para el sujeto. Sólo hay acceso a la realidad por ser el sujeto consecuencia del saber, pero el saber es un fantasma hecho sólo para el goce. Y encima, por ser saber, necesariamente lo falla.

Tal vez no sería superfluo señalar aquí cómo esta articulación del principio de realidad reduce a la nada al idealismo donde encalla, no menos necesariamente, el presupuesto de que hay conocimiento. Ese idealismo a donde va a parar como a su cumbre el hombre en tanto que mera hipótesis filosófica.

En cuanto empieza a cojear por experiencia elemental el que el hombre sea el mundo, que sea el micro-del-cosmos, el mundo no puede ser más que lo que de él se representa el hombre. Mas, el hombre, del mundo, sólo puede representarse ficciones.

Por esto, no era nada inútil proceder vía Bentham.

Al utilitarista habría que señalarle únicamente que el hombre, si es que le importa aún esa marioneta, sólo encuentra placer en sus ficciones.

Este sería un argumento blandengue, por ser ad hominem, es decir, dirigido al simio, el cual era especialmente apropiado para que el utilitarista lo convirtiera en su tótem.

Pues la ficción parece aclararse debido a que toda filosofía enunciada de hecho sea ubicable como ideología, es decir, correlativa a un privilegio social.

Pero entre el surgimiento de una paradoja y su demistificación, el beneficio es ínfimo, ya que al interrogar al privilegio social, sea cual fuere, nada tenemos que argüir si no que es ficción.

¿Qué quiere decir esto? Tal vez que no se confiesa, pero esto sería un error. El privilegio se confiesa tal, y aun manu militari, por la mano militar de aquellos a quienes da privilegios, los cuales sólo mienten por tener en cuenta a los filósofos. No es que sostengan que los filósofos estén a su servicio, sino para que estos carguen con la mentira en la medida que no confiesan. Así se preserva la ficción a que da cuerpo un privilegio.

El ligero retardo en comprender con que se define la sombra dichosa, hizo que Pierre Janet reparara en que el sujeto de la neurosis y el filósofo cazaban por las mismas tierras. Pero el neurótico confiesa, y Pierre Janet fue el último que pudo darse el lujo de no oírlo.

El acontecimiento Freud estriba en haber leído en la neurosis la confesión del sujeto, a saber, que no es más que el agujero que separa a todo Otro del goce: entiéndase por esto todo lo que quedaría sin acceso a él de faltar su confesión. Por tanto, satisface el deseo del Otro dándole esta confesión, no sin antes haberlo causado a costa de consentir en borrarse ante el objeto que lo ha convertido en agujero.

El privilegio, a un tiempo, queda demistificado, y probado como irremplazable, al menos en toda economía regida por el saber.

El psicoanalista no puede sino someterse a esta economía, mientras no haya dado el paso de situarse en ella como ficción.

Y esto no puede hacerlo debido al vínculo que conserva con el principio de realidad, aunque de ello no tiene ni la más remota idea: de esto dan fe sus enormes divagaciones teóricas.

Este principio propiamente lo anula por, a su vez, imponerle el estar en oposición, y de las más formales, respecto a lo que son sus recursos. Lo obliga a resumir su práctica con la más baja de las consignas: el principio de realidad, el de reducirlo todo al horizonte de su lecho profesional, el de ahogarse en lo que llama su escucha (hay que ver el éxtasis que lo embarga después de unos pocos años de práctica cuando suelta este chapoteo), cuando sólo es el deleite que figura un tapón que flota.

Hay que notar que no hay ética discernible y mucho menos ética que esté formulada como marca del psicoanalista, así se defina a éste por su práctica o por la institución de cuya autorización se vale, y que en lo que toca a nuestro propósito inédito, todo lo que ofrece resulta inactual.

En todo caso, no es más que una deontología, marcada de "considerandos" de discreción social, cuya superficie la suministra una institución de acabado bastante deficiente.

La singular extraterritorialidad de que goza esta institución respecto de la enseñanza universitaria, y que le permite calificarse de internacional, fue una buena protección, en

la historia, frente a ese primer intento de segregación social en gran escala que fue el nazismo.

De ello se desprende una curiosa afinidad, perteneciente al registro del reaseguro, entre el estilo de la institución y las soluciones segregativas que la civilización está a punto de retomar ante la crisis generada en ella por la generalización de los efectos de saber.

Sería nefasto que ello generase una complicidad. Pero es fatal que así sea, si se deja fuera la elaboración de una ética propia a la subversión del sujeto anunciada por el psicoanálisis.

En nuestro seminario hay un desarrollo a partir del comentario del siguiente cuadro que figura el doble quiasma donde, tomando en este sentido el texto del capítulo VII de la Traumdeutung, el acontecimiento Freud traduce [20] lo que desde ese momento se postula como inconsciente.

Este desarrollo subraya la paradoja de la imputación freudiana del proceso primario, al que supone agente del principio del placer, por tender a la repetición de una percepción. A esto lo designa, entonces, como identidad de percepción.

Mas, de todas maneras, la percepción es lo que responde de la realidad manifestándose en la conciencia.

El asunto se completa con la característica del inconsciente de revelarse como lugar de un pensamiento proliferante, pero no por ello menos vedado a la conciencia como reflexión.

A Freud no le queda otro camino que atribuir al proceso secundario, en la medida en que interviene para otorgar sus derechos a la realidad, el proceder mediante las vueltas que da la búsqueda (circa, recircare), o sea, mediante los rodeos por donde como pensamiento cobra su sentido lo que procura volver a encontrar: lo que llama identidad de pensamiento.

Por consiguiente, entre percepción y conciencia, a lo que ha de darse la misma resonancia que entre carne y pellejo; ya que acá la conciencia no es más que la petición de principio de la realidad y la percepción aquello a lo que se confía, se aloja justamente el proceso inconsciente del pensamiento.

¿Puede procederse de otra manera que no sea atenerse así al texto para dirigirse a gente que sólo nos escuchan porque imaginan que son los ministros del proceso secundario?

Pero tomar así la vía débil del comentario equivale a aceptar lo que por naturaleza hace del pensamiento interpretación. Es arriesgarse a que en lo más directo de la pendiente propia al perro de la Escritura, el pensamiento retorne a buscar su referencia en el apetito.

Sin embargo, confiábamos en algo que registra la conciencia de psicoanalista: que del inconsciente no le llega a través del sueño más que el sentido incoherente que éste fábula para vestir de frase lo que articula.

Que por tanto eso que le viene de ahí es ya interpretación, a la que podría llamarse salvaje, y que la interpretación razonada con que la sustituye no es mejor sino porque hace aparecer la falla que la frase denota. Reléase los sueños analizados en la Traumdeutung con esta clave.

El jeroglífico del sueño descifrado muestra un defecto de significación, y en él y no en otra cosa, el sueño connota un deseo. El deseo del sueño no es nada más que deseo de cobrar sentido, y a ello satisface la interpretación psicoanalítica.

Pero esta no es la vía de un verdadero despertar del sujeto. Freud hizo hincapié en el hecho de que la angustia interrumpe el sueño cuando éste va a desembocar en lo real de lo deseado. Es bien cierto entonces que el sujeto despierta sólo para seguir soñando.

El año anterior, a decir verdad, con el rótulo unitario del deseo y de su interpretación, habíamos machacado que: el deseo es su interpretación, y ello desde perspectivas lo bastante variadas como para esperar que algunos hayan desentrañado en el narcisismo lo que se aferra a la realidad como a lo que da sentido a su estatuto.

El psicoanálisis está mandado a hacer. para desprender de ello al sujeto que de ello se fía, si es que el analista no deja que se quede corto. Un paso más, si piensa un poco, es que sepa que no puede dejar de pasar por las horcas caudinas del fantasma que encuadra a la realidad, en tanto está pensando.

Pareciera, sin embargo, que la función del analista tiende a sofocar este beneficio didáctico, si es que lo ha obtenido: ya que puede muy bien faltarle para identificarse con su analista que puede muy bien haberse depuesto.

Definamos aquí qué sería de un analista en la estacada de la Etica que lo supone. En lo que se repite obstinadamente como mira de su bien, olfateó que hay algo que no puede no evitar, y que eso es lo real, por volver al mismo lugar. [23]

Las cinco reseñas de enseñanza reunidas aquí por primera vez, las escribió Jacques Lacan como encargado de conferencias de la École Pratique de Hautes Études, para el anuario de esa institución.

Cada texto fue redactado el año siguiente de terminado el Seminario reseñado. (J.-A.M.)

I Los cuatro conceptos fundamentales 1964

La hospitalidad de la Escuela Normal Superior y el acrecentamiento de nuestro auditorio indicaban un cambio de frente en nuestro discurso.

Durante diez años se había dosificado según las capacidades de los especialistas: es cierto que son los únicos testigos aceptables de la acción por excelencia que les propone el psicoanálisis, pero no lo es menos que las condiciones de su selección los aíslan demasiado del orden dialéctico que gobierna esta acción.

Aprestamos un organon para uso suyo, emitiéndolo según una propedéutica que no anticipaba ningún estadio antes de haber dejado bien sentado el fundamento del anterior.

Nos pareció que teníamos que trastocar esta presentación, al encontrar en la crisis, más que la ocasión para una síntesis, el deber de esclarecer lo abrupto de lo real que restaurábamos en el campo que Freud dejó a nuestro cuidado.

Nuestro esfuerzo, que distaba mucho de ser una reducción hegeliana de ese real (a no ser por reafirmarlo como racional), había dado su estatuto a la subversión producida en el sujeto del saber. Nuestra exposición de este año eligió los cuatro conceptos que desempeñan en esa subversión una función originante: el inconsciente, la repetición, la transferencia, la pulsión, para redefinir a cada uno y mostrarlos anudados por la topología que los sostiene en una función común.

Permanente, entonces, seguía siendo la pregunta que da radicalidad a nuestro proyecto: la que va de ¿es el psicoanálisis una ciencia? a ¿qué es una ciencia que incluya al psicoanálisis?

El inconsciente, mantenido según nuestro propósito original como efecto de significante, y estructurado como un lenguaje, se retomó como pulsación temporal.

En la repetición se sacó a la luz la función de *truch* que se cobija tras su aspecto de automaton: el faltar al encuentro se aísla aquí como relación a lo real.

La transferencia como momento de cierre ligado al engaño del amor, se integraba a esta pulsación.

De la pulsión dimos una teoría que aún no ha sido posible delimitar, ahora que, a mediados de este año, el 65, se nos pide que resumamos.

Allí aparecieron por primera vez, la razón de su constancia, la topología llamada de borde, que explicaba el privilegio de los orificios, el estatuto de la acción de retorno, la disociación de la meta y del objeto.

Este cuadro de cacería no dice los recorridos necesarios para asegurar un nudo semejante, ni tampoco lo que encierra.

Allí marcamos, una vez más, el derecho a la primera opción del sujeto cartesiano, que en tanto que sujeto de la certeza se distingue del sujeto del conocimiento, y también cómo, revalorizado por el inconsciente, adquiere el rango de condición previa de la acción psicoanalítica.

Asimismo, dimos un desarrollo particular a la pulsión escópica, a fin de que nos sirviera de paradigma. Demostrar en ella la antinomia de la visión y de la mirada tenía por meta alcanzar el registro, fundamental para el pensamiento de Freud, del objeto perdido.

Este objeto lo formulamos como la causa de esa posición del sujeto que el fantasma subordina.

Empero, la aparición simultánea, piadosamente recopilada, de la obra *Lo Visible y lo Invisible*, con que se interrumpía en el momento mismo de su advenimiento la manifiesta conversión de la interrogación de Merleau-Ponty, habría de inducirnos a marcar la prioridad propia de los rasgos estructurales en todo intento de alcance óptico. Suspendimos su abordaje aunque, a la vez, anunciamos para el año siguiente “las posiciones subjetivas del ser”.

Con el tiempo podrá leerse los límites que trazamos, por la implicación de nuestros decires, al efecto de relajamiento que experimentó nuestra temática a medida que, para sorpresa nuestra ante este viraje, se iba difundiendo. Esta corrección tiene que ver con el destino de todo lo que se agrupa, ya en forma excesiva, bajo el rótulo del estructuralismo.

Esto confirma una vez más, en el progreso de la ciencia, la correlación ética cuyas llaves tiene el psicoanálisis: de ahí, la precariedad de su suerte.

Por ello, nuestro último tiempo estuvo dedicado a un fundamento de gran lógica, efectuado por el encausamiento, basado en ese lugar del Gran Otro que promovimos como constituyente del sujeto, de la noción de alienación, envilecida por la triste deriva de la crítica política.

1965

II Problemas cruciales para el psicoanálisis 1964-1965

El problema situado en el centro cabe en estos términos: el ser del sujeto, a donde nos llevaba el agujón de nuestras referencias anteriores.

Que el sujeto esté hendido es algo que Freud nunca se cansó de decir y repetir en todas las formas posibles, después de haber descubierto que el inconsciente sólo se traduce en nudos de lenguaje y tiene, por ende, un ser de sujeto.

Por la combinatoria de estos nudos se supera la censura, la cual no es metáfora, por recaer sobre el material de estos.

Freud afirma de entrada que toda concepción de un retroceso de la conciencia hacia lo oscuro, lo potencial y aun el automatismo, resulta inadecuado para dar cuenta de estos efectos.

Se trae esto a colación simplemente para despojar de toda "filosofía" el empleo del cogito este año, cosa legítima, a nuestro parecer, ya que él cogito no funda la conciencia sino precisamente esa hendidura del sujeto.

Basta escribirlo:

Soy pensando: "luego soy", [N.T.] Soy pensando, tan anómalo como en francés: je suis pensant

para comprobar que esta enunciación, procurada por una ascésis, hiende el ser; ser que sólo logra la conjunción de sus dos cabos manifestando la torsión que experimentó en su nudo. ¿Causación? ¿Inversión? ¿Negatividad? En todo caso hay que hacer la topología de esta torsión.

El paso de Piaget a Vygotsky ilustra la ganancia que produce el rechazo de toda hipótesis psicológica de las relaciones del sujeto con el lenguaje, aun tratándose del niño. Porque esta hipótesis no es más que la hipoteca que realiza un ser-de-saber, gravando al ser-de-verdad que el niño ha de encarnar a partir de la batería signifiante que le presentamos y que constituye la ley de la experiencia.

Pero nos estamos anticipando con esta estructura que hay que captar en la sincronía y con un encuentro que no sea ocasional. El embrague de 1 respecto de 0, que nos llega del punto donde Frege pretende fundar la aritmética, nos lo procura.

De allí se percibe que el ser del sujeto es la sutura de una falta. Precisamente de la falta que, al escamotearse en el número, lo sostiene con su recurrencia; aunque lo sostiene allí, sólo por ser lo que falta al signifiante para ser el Uno del sujeto, es decir, ese término que en otro contexto llamamos rasgo unario, marca de una identificación primaria que funcionará como ideal.

El sujeto se hiende por ser a la vez efecto de la marca y soporte de su falta.

Aquí se impone retomar ciertos aspectos de la formalización donde se encuentra este resultado.

Primero nuestro axioma que funda al significante como “lo que representa un sujeto (no para otro sujeto, sino) para otro significante”.

Así se sitúa el lema, que acaba de readquirirse por otra vía: el sujeto es lo que responde a la marca con lo que le falta a ésta. Aquí se ve que la reversión de la fórmula se opera introduciendo una negatividad en uno de sus polos (el significante).

El lazo se cierra, sin quedar reducido a un círculo, al suponerse que el significante tiene su origen en el borramiento de la huella.

El poder de las matemáticas, el frenesí de nuestra ciencia, no se basan en otra cosa que la sutura del sujeto. De la delgadez de su cicatriz o, mejor todavía, de su hiancia, dan fe las aporías de la lógica matemática (teorema de Gödel), para gran escándalo de la conciencia.

No me hago ilusiones sobre esta crítica, ya que a este nivel es incapaz de limpiar los excrementos de la herida; esos excrementos con que se esmera en recubrir dicha herida, con una mayor o menor conciencia, el orden de la explotación social, que se asienta en esta abertura del sujeto (y por ende no crea la alienación). Hay que mencionar la tarea desempeñada aquí, desde el inicio de la crisis del sujeto, por la filosofía. Sirvienta de varios amos.

Queda excluido, por otra parte, que alguna crítica a la sociedad llegue a suplir a la anterior, ya que ella misma no sería más que una crítica proveniente de la sociedad, es decir, involucrada en esa especie de paños calientes de pensamientos que acabamos de mencionar.

Por ello, sólo el análisis de este objeto puede encararlo en lo que tiene de real,... que estriba en ser el objeto del análisis (propósito del año próximo).

No nos contentamos, sin embargo, con una suspensión que sería admitir que nos retiramos del juego en lo que respecta a abordar el ser del sujeto, con la excusa de que encontramos allí su fundamento como falta.

Esta es precisamente la dimensión que desconcierta, el que nuestra enseñanza someta a prueba este fundamento en la medida en que está en nuestro auditorio.

¿Podemos acaso negarnos a ver que lo que exigimos de la estructura en lo tocante al ser del sujeto tiene necesariamente que implicar a quien lo representa por excelencia (por representarlo con el ser y no con el pensamiento, igual que el cogito), es decir, al psicoanalista?

Es lo que hallarnos en el fenómeno, notorio aquel año, de la delantera que tomó parte de nuestro auditorio al ofrendarnos el siguiente éxito: la confirmación de la teoría, correcta

según creemos, de la comunicación en el lenguaje. Nosotros lo expresamos diciendo que no se emite el mensaje sino al nivel de quien lo recibe.

Sin duda hay que dar su puesto aquí al privilegio que debemos al lugar que nos ha dado hospitalidad.

Pero sin olvidar, respecto de la reserva que inspira la excesiva facilidad que podría haber en este efecto de seminario, la resistencia que esta reserva entraña, justificada por demás.

Justificada por consistir en compromisos de ser y no de pensamiento, y porque los dos bordes del ser del sujeto.

Se diversifican aquí según la divergencia entre verdad y saber.

La dificultad en ser del psicoanalista está en lo que encuentra como ser del sujeto, es decir, en el síntoma.

El que el síntoma sea ser-de-verdad es algo que acepta cualquiera en cuanto sabe lo que quiere decir psicoanálisis, aunque está mandado a hacer para enredarlo.

Así se ve claramente el precio que tiene que pagar el ser-de-saber, para reconocer las formas dichas con las que sólo se aparee signado por la desdicha.

El que este ser-de-saber tenga que reducirse a ser el complemento del síntoma es algo que le horroriza, y por eludirlo, pone en juego una postergación indefinida del estatuto del psicoanálisis, como científico, por supuesto.

Por eso, ni siquiera la conmoción que produjimos al clausurar el año con este recurso, logró evitar que en su lugar se repitiese el cortocircuito. Nos llegó el rumor, lleno con la evidente buena voluntad de adornarse como paradoja, de que lo que hace el síntoma es la manera cómo lo piensa el practicante. Claro que esto es muy cierto en lo que se refiere a la experiencia de los psicólogos, la cual nos dio pie para ponerle el cascabel al gato. Pero también equivale a quedarse, como psicoterapeuta, en el nivel de Pierre Janet, quien nunca llegó a entender por qué él no era Freud.

La diosa botella es la botella de Klein. No por quererlo puede cualquiera hacer salir de su cuello lo que está en su doblez. Y es que así se construye el soporte del ser del sujeto.

5 de abril de 1966

El seminario de este año, según lo pautado, se ocupó de la función detectada ha mucho en la experiencia analítica como la relación llamada de objeto.

Se sostiene que ella domina en el sujeto analizable su relación con lo real, y se hace hincapié en el objeto oral o anal, a expensas de otros cuyo estatuto, aunque manifiesto, sigue siendo incierto.

Ocurre que los primeros se apoyan directamente en la relación de la demanda, muy propicia a la intervención correctiva, mientras los otros exigen una teoría más compleja ya que no puede desconocerse en ellos una división del sujeto, imposible de reducir con el solo esfuerzo de la buena intención, por ser la división que es soporte del deseo.

Estos otros objetos, sobre todo la voz y la mirada (si dejamos para luego el objeto en juego en la castración), forman un mismo cuerpo con esta división del sujeto y presentifican en el propio campo de lo percibido la parte suya elidida como propiamente libidinal. Como tales, hacen retroceder la apreciación de la práctica, a la que intimida su recubrimiento por parte de la relación especular, junto con las identificaciones del yo a las que se quiere respetar.

Esta acotación basta para explicar que hayamos insistido preferentemente en la pulsión escópica y en su objeto inmanente: la mirada.

Dimos la topología que permite restablecer la presencia del percipiens mismo en el campo donde, no obstante, es perceptible, aparte de que lo sea en alto grado en los efectos de la pulsión (exhibición y voyeurismo).

Esta topología que se inscribe en la geometría proyectiva y las superficies del analysis situs, no ha de tomarse como ocurre con los modelos ópticos de Freud, con rango de metáfora, sino como representando realmente la propia estructura. Es una topología que da cuenta de la impureza del perceptum escópico, al reencontrar lo que creímos poder indicar de la presencia del percipiens, irrecusable debido a la marca que trae del significante, cuando queda acuñada en el fenómeno hasta ahora no concebido de la voz psicótica.

La exigencia absoluta, en estos dos puntos, de una teoría del deseo, nos refiere a la rectificación de las flaquezas de la práctica, a la autocrítica necesaria de la posición del analista, en lo que toca a los riesgos que entraña su propia subjetivación, si es que quiere responder honestamente, así no sea más que a la demanda.

Nuestro retorno a Freud fustiga a todos con el vacío central del campo que instaure, y no con menos fuerza a los que lo han practicado.

Estos últimos sentirían alivio si pudiesen reducir la consigna a la historia del pensamiento de Freud, operación clásica en filosofía, y aun a su vocabulario. Se da vuelta a los términos nuevos con que estructuramos un objeto para alimentar tareas de librero.

Llevar cada vez más lejos el primado de la lógica que está en lo verdadero de la experiencia es devolver esa vuelta al polvo que levanta.

O yo no pienso o yo no soy: presentar en esta fórmula el ergo de vuelta de un nuevo cogito implicaba un juego de manos que hay que dar por logrado.

Los destinatarios se llevaban la sorpresa de encontrar allí la virtud de nuestro esquema de la alienación (1964), que se destacaba de inmediato por abrir la juntura entre el eso y el inconsciente.

Una diferencia de aspecto morganiano se anima así por, volverla disimétrica una elección forzada. El "yo no pienso" que, en efecto, funda al sujeto en su menos peor opción, queda mochado del "soy" de la intersección negada por su fórmula. El no-yo (je) que allí se supone, no por no ser, deja de tener, ser. Es eso precisamente lo que lo designa, y mediante un índice dirigido al sujeto por la gramática. Eso es ergo la espuela portadora del no, nudo que se desliza por la frase para asegurar su indecible metonimia.

Pero muy distinto es el "pienso" que subsiste para complementar el "yo no soy" cuya afirmación está primariamente reprimida. Pues sólo a costa de ser como ella falso sin-sentido, puede ampliar su imperio preservado de las complicidades de la consciencia.

En la escuadra que así se dibuja, los brazos son operaciones que se denominan: alienación y verdad. Para encontrar la diagonal que une estos extremos, la transferencia, basta percatarse de que como con el cogito de Descartes, aquí no se trata más que del sujeto supuesto al saber.

El psicoanálisis postula que el inconsciente, donde el "yo no soy" del sujeto tiene su sustancia, puede evocarse con el "yo no pienso", en la medida en que se imagina dueño de su ser, es decir, no ser lenguaje.

Se trata, empero, de un grupo de Klein o simplemente de un lugar común escolástico, o sea, que hay un cuarto ángulo. Este ángulo combina los resultados de cada operación representando su esencia en su residuo. Esto significa que invierte su relación, cosa que puede leerse inscribiéndolos con un paso de una derecha a una izquierda distinguidas por un acento.

En efecto, allí tiene que clausurarse el ciclo con el cual el impase del sujeto se consuma por revelar su verdad.

La falla en ser que constituye la alienación se instala por reducir a ésta al deseo, y no porque sea no pensar (seamos en esto espinozistas), sino porque ocupa supuesto mediante esa encarnación del sujeto que se llama la castración, y mediante el órgano de la falta en que se convierte el falo. Tal es el vacío de tan incómodo acercamiento.

Resulta manejable por estar envuelto en el continente que crea. Para ello encuentra las caídas que evidencian que el sujeto no es más que efecto de lenguaje: nosotros las promovimos como objetos a. Sea cual fuere el número y la manera que las elabora, reconozcamos en ello por qué la noción de criatura, por tener que ver con el sujeto, es previa a toda ficción. Lo único que allí se desconoció fue el nihil mismo de donde procede la creación, pero la invención del Dasein para encubrir estos objetos poco católicos, no nos deja mejor parados ante sus ojos.

Del vacío, entonces, que los centra, estos objetos toman la función de causa que tienen para el deseo (metáfora entre paréntesis que ya no puede eludirse revisando la categoría de causa).

Lo importante es percibir que esta función que tienen en el deseo les viene únicamente por percibirseles como solidarios de esa hendidura (por no estar a su altura y, a la vez, por operar una conjunción para su disyunción), hendidura donde el sujeto aparécese ser diada o sea, donde toma el señuelo de su verdad. Se trata de la estructura del fantasma anotado por nosotros con el paréntesis cuyo contenido ha de pronunciarse: S tachado rombo a.

Nos encontramos así de nuevo en el nihil del impasse reproducido a partir del supuesto sujeto de saber.

Para hallar el pezón, reparemos en que no es posible reproducir este impasse sin que sea ya repetición al producirse.

En efecto, el examen del grupo no muestra hasta aquí en esas tres operaciones que somos: alienación, verdad y transferencia, nada que, por reduplicarlas, permita regresar a cero: ley de Klein que postula que la negación, al reduplicarse, se anula.

Ocurre todo lo contrario, ya que a ello se oponen tres fórmulas. La primera, acuñada por nosotros desde hace mucho tiempo se enuncia: no hay Otro del Otro, o, dicho de otra forma, no hay metalenguaje. La segunda que revela la inanidad de la pregunta cuyo entusiasmo denuncia ya a quien opera la cisura de nuestras palabras: ¿y por qué no dirá lo verdadero acerca de lo verdadero? La tercera procura la continuación que en ella se anuncia: no hay transferencia de la transferencia.

Es instructivo reportar a un grafo los sentidos así prohibidos pues muestra que especifica sus convergencias con un número para cada vértice.

Pero todavía hace falta que no se encubra el que cada una de estas operaciones es ya el cero producido por lo que insertó en lo real lo que elabora cada una, a saber, ese tiempo propio del campo que analiza, el que alcanzó Freud al decir que era repetición.

La preterición que contiene es cosa muy distinta de ese mandamiento del pasado con que se le vuelve fútil.

La repetición es ese acto por el cual se efectúa, anacrónica, la mixtura de la diferencia llevada al significante.

Lo que fue, repetido, difiere, y se hace sujeto de la reiteración. Con referencia al acto en tanto es lo que quiere decir, todo pasaje al acto se opera como contrasentido. Deja a un lado el acting out donde lo que dice no es sujeto sino verdad.

Porque impusimos esta exigencia del acto, somos los primeros que pronunciamos, correctamente, lo que mal tolera un enunciado a la ligera, muy corriente por demás; el primado del acto sexual.

Este enunciado se articula por la diferencia de dos fórmulas. La primera: no hay acto sexual, con el sobrentendido: que dé la talla para afirmar en el sujeto la certeza de pertenecer a un sexo. La segunda: sólo hay acto sexual, con la implicación: del cual tenga razón el pensamiento de defenderse por ser allí donde se hiende el sujeto: cf más arriba la estructura del fantasma.

La bisexualidad biológica ha de dejarse para el legado de Fliess. Nada tiene que ver con esto que aquí tratamos: la inconmensurabilidad del objeto a respecto de la unidad que implica la conjunción de seres del sexo opuesto en la exigencia subjetiva de su acto.

Emplearnos el número de oro para demostrar que sólo se resuelve en forma de sublimación.

Ya articulamos en el fundamento del "tiempo lógico", la repetición y la prisa; la sublimación las completa para dar un nuevo grafo orientado por su relación, que al reduplicar el anterior, logra completar el grupo de Klein; en la medida en que se igualan sus cuatro vértices por juntar igual número de contribuciones operacionales. Por ser dos, estos grafos inscriben la distancia a que está el supuesto sujeto del saber de su inserción en lo real.]

En esto se adecuan a la lógica que nos hemos propuesto, la cual supone que la única entrada a lo real para el sujeto es el fantasma.

A partir de esto, el clínico, el que atesta que el discurso de sus pacientes retorna todos los días el nuestro, podrá autorizarse para dar su puesto a algunos hechos con los que, de otra manera, nada se hace: el hecho, en primer lugar, de que un fantasma es una frase, del modelo se pega a un niño, que Freud no dejó para los cerdos. O también: que el fantasma, ése por ejemplo y con un rasgo que Freud subraya, se encuentra en estructuras neuróticas muy diversas.

El clínico podría entonces no errar la función del fantasma, como le ocurre cuando emplea nuestra lectura de Freud, sin confesarlo, pero atribuyéndose la comprensión de sus textos sólo para repudiar mejor sus requerimientos.

El fantasma, en lo que toca a la interpretación, tiene la función del axioma, es decir, que se distingue de las leyes, variables, de deducción, que en cada estructura especifican la reducción de los síntomas, por figurar en la estructura de modo constante. Cualquiera

conjunto, en el sentido matemático del término, procura la enseñanza necesaria como para que un analista, con dedicación, pueda encontrar su mentor.

Devuelto así a su teclado lógico, el fantasma le hará ver aún mejor el puesto que ocupa para el sujeto. Es el mismo que designa el teclado lógico, y es el puesto de lo real.

Esto equivale a decir que está lejos del bargain neurótico que tomó de sus formas de frustración, agresión, etc., el pensamiento psicoanalítico hasta el punto de perder los criterios freudianos.

Pues en la actuación del neurótico se observa que al fantasma no lo aborda sino de lejito, por estar enteramente ocupado en sustentar el deseo del Otro, manteniéndolo sobre ascuas, en muy diversas formas. Al psicoanalista le sería fácil no convertirse en su oficiante.

Esto lo ayudaría a distinguir al perverso, enfrentado de mucho más cerca al impasse del acto sexual. Tan sujeto como el neurótico, desde luego, pese a convertir las redes del fantasma en el aparato de conducción con el que hurta por cortocircuito un goce, no por ello menos separado de él por el lugar del Otro.

Con esta referencia al goce surge la única óptica admisible para nosotros. Pero no es poca cosa el que haya que abordársela, aún en la práctica, por la erosión que en ella se traza del lugar del Otro.

Allí sostuvimos por primera vez que ese lugar del Otro ha de, tomarse en el cuerpo y no en otra parte, que no es intersubjetividad, sino cicatrices sobre el cuerpo, tegumentos, pedúnculos que se enchufan en sus orificios para hacer las veces de toma corriente, artificios ancestrales y técnicos que lo roen.

Le cerramos el camino al quiproquo que, tomando como tema al masoquismo, ahoga con su baba el discurso analítico y lo destina a un premio a la náusea.

Basta con la mostración del masoquismo para revelar la forma más general de abreviar los vanos intentos por donde se pierde el acto sexual; y como el masoquismo se desdobra en una demostración irónica, la mostración resulta aún más fácil.

Elidir un detalle sobresaliente de estos rasgos, calificándolo de perverso, basta para descalificar su referencia de metáfora.

Pensamos contribuir a la represión de este abuso con la indicación de que la palabra cobardía nos la procura, como la más propia para fijar lo que designa, el mismo discurso de nuestros pacientes. Así, estos dan fe de que perciben mejor que los doctores, la ambigüedad de la relación que vincula su deseo al Otro. No es de extrañar que el término tenga sus títulos de nobleza por haber sido consignado por Freud como digno de destacarse de lo que salió de los labios del Hombre de las ratas.

No podemos omitir el momento final de un año en el cual nos fue dado invocar el número como factor de nuestro público, para reconocer en este número lo que suplía ese vacío cuya obstrucción en otra parte se reconfortaba respondiéndonos y se cuidaba mucho de cedemos.

El realismo lógico (medievalmente entendido), tan inmiscuido en la ciencia que ésta omite señalarlo, tal como lo prueban nuestros afanes. Quinientos años de nominalismo podrían entonces interpretarse como resistencia y se disiparían, a no ser por unas condiciones políticas que aún siguen agrupando a gente que sólo sobrevive porque profesa que el signo no es más que representación.

V El acto psicoanalítico 1967-1968

Nunca visto ni oído a no ser por nosotros, es decir, nunca señalado, y aún menos cuestionado, el acto analítico lo vamos a suponer a partir del momento selectivo en que el psicoanalizante pasa a psicoanalista.

Es este el recurso a lo necesario de ese pasaje, en lo que tiene de más comúnmente admitido, que hace contingente cualquier otra condición.

Aislado así a partir de ese momento de instalación, el acto está al alcance de toda entrada en psicoanálisis.

Digamos primero: el acto (a secas) ha lugar de un decir, cuyo sujeto cambia. Es acto porque anda, pero no sólo por decir “eso anda”, y ni siquiera “andemos”, sino haciendo que “a eso llegue yo” se verifique en él.

Como es acto por reproducirse del hacer mismo que, ordena, el acto psicoanalítico parece idóneo para reverberar más luz sobre el acto.

Con esto, remite al en sí de una consistencia lógica la decisión de si puede tomarse el relevo de un acto que destituye así en su final al propio sujeto que lo instauro.

Por este paso se advierte que aquí de quien hay que decir si es saber, es del sujeto.

¿Al término de la tarea que se le asignó, sabe el psicoanalizante “mejor que nadie” la destitución subjetiva a la que esta tarea ha reducido a quien se la ordenó? O sea: ese en sí del objeto a que, en este término, se evacua en el mismo movimiento con que cae el psicoanalizante por haber verificado en ese objeto la causa del deseo.

Allí hay saber adquirido, pero ¿de quién?

¿A quién le paga el precio de la verdad, cuyo incurable es, en su límite, el sujeto tratado?

¿Se concibe a partir de este límite un sujeto que se ofrezca a reproducir aquello de que ha sido liberado?

¿Y si eso mismo lo somete a hacerse producción de una tarea que no puede prometer sin suponer el propio señuelo que para él es ya insostenible?

Pues a partir de la estructura de ficción con que se enuncia la verdad, va a hacer de su propio ser pasto de producción de un... irreal.

No hay menos destitución subjetiva por prohibirse este pase que, como el mar, ha de recomenzarse siempre.

Se sospechará, empero, que la distancia entre el acto y la dignidad de su propósito, que aquí se revela, ha de tomarse para instruirnos sobre lo que es piedra de escándalo: la falla descubierta del sujeto supuesto al saber.

Todo un adoctrinamiento, con título psicoanalítico, puede seguir ignorando que descuida aquí el punto que hace vacilar cualquier estrategia por no estar aún al día del acto psicoanalítico.

Que haya inconsciente quiere decir que hay saber sin sujeto. La idea de instinto aplasta a este descubrimiento, pero el descubrimiento sobrevive porque ese saber, a la postre, se comprueba sólo por ser legible.

La línea de resistencia se establece en ese baluarte tan desmesuradamente avanzado como puede serlo una fobia. Esto quiere decir que es empresa desesperada el hacerse oír para que entiendan que no se ha oído nada del inconsciente, cuando no se ha ido más lejos.

Es decir, que lo que de división introduce el inconsciente en el sujeto, por no determinarlo un saber que es de resto, supone, con sólo enunciarlo así, a Otro que, a su vez, ya lo sabe antes de haberse nadie percatado. Se sabe que hasta Descartes usa a este Otro para garantizar al menos la verdad de su punto de partida científico.

En esto contradicen al inconsciente todas las -logías filosóficas, onto-, teo-, cosmo-, y también psico-. Pero como el inconsciente no se entiende sino aplastado por una de las nociones más bastardas de la psicología tradicional, no se advierte que enunciarla hace imposible esta suposición del Otro. Pero basta con que no se la denuncie y es como si el advenimiento del inconsciente no hubiese ocurrido.

Así se ve cómo los peores pueden fabricarse su consigna con el “regreso a la psicología general”.

Para resolver esto tiene que enunciarse una estructura del Otro que no permita una visión a vuelo de pájaro. De ahí esta fórmula: que no hay Otro del Otro, o nuestra afirmación de que no hay metalenguaje.

Confirmemos esta última con el hecho de que lo que en matemáticas se llama metalenguaje no es otra cosa que el discurso del cual un lenguaje quiere excluirse; es decir, procura lo real. La lógica matemática no es, y sólo la mala fe podría

imputárnoslo, ocasión para rejuvenecer un sujeto de nuestra cosecha. Ella atesta desde afuera a Otro cuya estructura, y justamente por ser lógica, no llega hasta recubrirse a sí misma: es (S (A)) de nuestro grafo.

Que este Otro se explore no lo destina a saber nada de los efectos que entraña para lo viviente que vehiculiza como sujeto-a sus efectos. Pero si la transferencia parece encontrar suficiente motivación en la primariedad significativa del rasgo unario, nada indica que el objeto a no tenga una consistencia cuyo sostén sea de lógica pura.

Cabe adelantar entonces que el psicoanalista en el psicoanálisis no es sujeto, y que situando su acto con la topología ideal del objeto a, se deduce que opera por no pensar.

Un “yo no pienso” que es el derecho, de hecho suspende al psicoanalista de la ansiedad de saber dónde darle su puesto para pensar, pese a todo, el psicoanálisis, sin estar condenado a fallarlo.

La humildad del límite en que el acto se presentó a su experiencia le tapa, mediante la reprobación con que se enuncia como fallido, las vías más seguras que ella encierra para alcanzar ese saber.

Por eso mismo partimos, para darle ánimos, del testimonio que puede dar la ciencia acerca de la ignorancia en que está de su sujeto, con el ejemplo del punto de partida pavloviano, tomado como ilustración del aforismo de Lacan: que un significante es lo que representa un sujeto para otro significante. Donde vemos que por valerse de las candilejas cuando aún estaban apagadas, el experimentador, a poca costa, se hace la ilusión de haber metido el sombrero dentro del conejo. Esta ingeniosidad de lapsus es empero suficiente para dar cuenta de una adecuación bastante amplia de los enunciados pavlovianos, donde el extravío de quien sólo piensa en las riberas por donde encauzar la crisis psicoanalítica, encuentra una buena coartada universitaria.

Sigue pues pecando de ingenuo quien se hace eco de todo este apólogo para rectificar que el sujeto de la ciencia nunca está donde se piensa, puesto que en eso estriba nuestra ironía..

Falta encontrar apelación donde el asunto ha lugar. Y solo puede ser en la estructura que el psicoanalista arma en síntoma, cuando tocado repentinamente por una Gracia invertida, le da por elevar una plegaria idolátrica a “su escucha”, fetiche surgido en su seno de una voz hipocondríaca.

Hay un área de estigmas que impone la habitación del campo, por culpa del sentido detectado del acto psicoanalítico. Se ofrece de manera bastante penosa en la penumbra de los concilios donde la colección que se identifica con ellos toma un aspecto de Iglesia paródica.

No está descartado el que allí se articulen confesiones dignas de la recopilación. Tal como la fraguada con eso que se pronuncia: the Self, la primera acaso de esa superficie en salir de la lista de morfemas que vuelve tabú el que sean de Freud.

Y es que su peso se lo dio, por no decir que fue un hallazgo suyo, ese psicoanalista con quien encontrarse le imponía a uno el respeto por la marca que deja la pasión del psicoanálisis.

Animamos el escrito donde, a la luz del self que allí aparece tangible, y como resultado de un efecto de comprensión, aguza el reconocimiento de que su pasión sólo encuentra su lugar y su virtud saliéndose de los límites que, como muy bien recuerda, son los de la técnica. Estos le servirían mejor, empero, inscribiéndose en la carta fundamental del acto, una vez remozada y devuelta a la hoja que no tiene vuelta sino con un gesto que cambia al sujeto, ese mismo con que el psicoanalista se califica en acto.

Ya lanzado a la palestra, este self va a ser, sin embargo, -pues como tema prolifera, y en el sentido del auspicio del que nació- la perdición del psicoanalista, a quien descalifica. El elemento de culto que tiene su profesión, como en otros casos, es señal de que no está a la par del acto.

Por eso el propio acto no puede funcionar como predicado. Y para imputarlo al sujeto que determina, es conveniente volver a formular a partir de nuevos términos toda la inventio medii a esta prueba puede someterse el objeto a.

¿Qué puede decirse de todo psicoanalista, que no ponga de manifiesto que por lo mismo no hay ninguno?

Si por otra parte nada puede hacer que exista un psicoanalista, a no ser la lógica con que el acto se articula en un antes y un después, es evidente que los predicados ejercen aquí el predominio, a menos que estén ligados por un efecto de producción.

Si el psicoanalizante hace al psicoanalista, todavía no se ha añadido nada sino la factura. Para que sea obligante, es preciso que se nos asegure que sí tiene de psicoanalista.

A ello responde el objeto a.

El psicoanalista se hace de objeto a. Se hace, entiéndase: se hace producir; de objeto a: con objeto a.

Estas palabras tocan tan de cerca el terreno donde parecen tener tropiezos los cuantificadores lógicos, que no pudimos evitar algunos lances con su instrumento. Repararnos en que el acto psicoanalítico consiente en zafarse de la captura en lo universal, para lo cual ellos tienen el mérito de no ser satisfactorios.

(Esto va a disculpar la oscilación de Aristóteles cuando no pudo recuperar la onoiá sino por intervalo, de manera aún más genial que al aislar el npoceimenon).

Pues este acto descubre el núcleo que forma la cavidad con que se motiva la idea de todo, por ceñirla en la lógica de los cuantificadores.

De allí que permita, quizá, denominarla mejor una desaifización.

Ahí el psicoanalista encuentra compañía por hacer la misma operación ¿Será en el cuartel libre que se ofrece para este fin al discurso?

Tal es, en efecto, el horizonte que traza la técnica, pero su artificio se basa en la estructura lógica de la cual se fía con toda razón, pues nunca pierde sus derechos. La imposibilidad experimentada del discurso pulverulento es el caballo de Troya por donde entra, en la ciudad del discurso, el amo que es en ella el psicótico.

Pero, una vez más, cómo no ver que ya se ha tomado del cuerpo la muestra con la que se va a hacer psicoanalista, y que a esto hay que conformar el acto psicoanalítico.

Del acto sólo podíamos esbozar lo abrupto lógico, temperando la pasión que provoca en el campo que gobierna, aunque sólo lo haga sutrayéndose. Sin duda por no haber sabido procurar ese temperamento, Winnicott se creyó obligado a contribuir con su propio self, pero también a recibir de las manos más distantes del niño, ese objeto transicional que hemos de reconocerle aquí, pues a partir de él formulamos primero el objeto a.

Reduzcamos, entonces el acto psicoanalítico a aquello que deja a quien aligera, lo que para él echó a andar: le queda denunciado que el goce, privilegiado por gobernar la relación sexual, se ofrece con un acto prohibido, pero para encubrir que esa relación no se establece porque no es verificable, ya que exige el término medio que se distingue por faltarle: lo que llaman hacer de la castración sujeto.

El beneficio está claro para el neurótico, pues resuelve lo que representaba como pasión.

Pero lo importante es que a cualquiera se le ocurre entonces que el goce considerado perverso está de veras permitido, pues el psicoanalista se convierte en su llave, aunque, en verdad, para retirarla a los fines de su operación. Por lo cual basta con quitársela otra vez para devolverla a su uso verdadero, así se la utilice o no.

Este saldo cínico ha de recalcar bien lo secundario del beneficio pasional. El que la axiología de la práctica analítica termine por reducirse a lo sexual es cosa que contribuye a la subversión de la ética que se desprende del acto inaugural, aunque sólo por mostrarse lo sexual como negatividades de estructura.

Placer, barrera del goce (aunque no a la inversa). Realidad hecha de transferencia (aunque no a la inversa). Y principio de vanidad, supremo, de que el verbo no valga sino cara a la muerte (y subráyese esa mirada, no la muerte, que se escapa).

En la ética que se inaugura con el acto psicoanalítico, de menos etiqueta, con perdón, por haber partido del acto, que todas las que se han concebido antes, la lógica gobierna, y de seguro ya que encontramos en ella sus paradojas.

A menos que, seguro también, se le añadan tipos, normas, como meros remedios.

El acto analítico, para mantener su avanzada propia, no ha de mezclarse en tales asuntos.

Pues a partir de sus puntos de referencia se aclara que la sublimación no excluye la verdad de goce, con lo cual los heroísmos, al explicarse mejor, se ordenan según estén mejor o peor prevenidos.

Por eso el propio acto psicoanalítico está siempre a la merced del acting out, y ya antes describimos bien las caras con que hace sus muecas. Importa destacar que la manera freudiana es muy propia para prevenimos al respecto, pues lo sustenta primero no tanto en el mito sino más bien en el recurso a la escena. Tanto Edipo como Agamenon representan escenificaciones. Hoy vemos su alcance por cómo se le aferra el retardo que ha querido hacerse un nombre con una pifia, aventurándose en una exégesis del objeto a.

Pues el acto moral se ordena según el acto psicoanalítico para recibir lo que se juega En-Yo[N.T.] En-Je (En-Yo), homófono de enjeu, (lo que se juega) * lo que el objeto a coordina de una experiencia de saber.

De él cobra sustancia la insaciable exigencia que Freud fue el primero en articular con Malestar en la Cultura. Este insaciable, nosotros lo destacamos con otro acento, porque encuentra su medida en el acto psicoanalítico.

¿Por qué no asentar en el activo de este acto el que hayamos introducido su estatuto a tiempo?

Y el que no demoramos ese a-tiempo profiriéndolo seis meses ha, en una proposición no sólo teórica sino efectiva a tal punto que resultó una efracción para nuestra Escuela, proposición que se adelantó a un desencadenamiento que por tocamos de muy cerca, podemos atrevernos a reconocerlo como testimonio de una cita.

¿Bastará señalar que en el acto analítico se presume que el objeto a no llega más que en forma de producción, para lo cual el medio, por ser requerido por toda explotación supuesta, se sustenta aquí en el saber cuyo aspecto de propiedad es propiamente lo que precipita una brecha social precisa? .

¿Vamos a preguntamos si es de veras ese hombre a quien, según dicen, un antieros reduce a una sola dimensión, el que se distingue en la insurrección de mayo?

En cambio, jugárselas a la masificación del En-yo, con una captura en el saber cuya desmesura no es tanto que aplaste, sino que más bien el apremio de su lógica hace del sujeto pura hendidura, es algo donde puede concebirse un cambio en el propio anclaje de la angustia, de la que es preciso decir que por haberla doctrinado como no sin objeto, captamos una vez más, justo a tiempo, lo que ya pasa más allá de la cresta de la ola.

Y esto basta y sobra para que el acto exigido en el campo del saber sufra una recaída en la pasión del significante: así haya alguien o nadie para hacer las veces de starter.

Ninguna diferencia, una vez emprendido el proceso, entre el sujeto que se entrega a la subversión hasta producir [56] lo incurable donde el acto encuentra su fin propio, y aquello que del síntoma cobra un efecto revolucionario sólo por dejar de marchar al son que le marca la batuta llamada marxista.

Lo que se quiso destacar aquí de la virtud de una toma de palabra, no es más que anticipación dudosa del acudimiento a la cita que sí ocurre, pero donde no adviene la palabra sino porque el acto ya estaba. Entiéndase: estaba allí por poco, así no hubiese llegado la palabra, estaba allí en el instante en que ésta por fin llegaba.

Por eso consideramos no haber faltado en el lugar que nos confiere en este sainete el drama de los psicoanalistas de hoy, y ello por reconocer que del asunto sabemos un poco más que aquellos que, ridículamente, no perdieron la ocasión de exhibirse en él como actores.

La encontramos siempre allí, esa delantera, y basta con que exista para que no sea poca cosa, si se recuerda la apreciación de alguien sobre el caso de donde proviene todo lo que sabemos de la neurosis obsesiva, caso del que afirmó que Freud había quedado como "rata acorralada". En efecto, bastaba con saber leer esto en el Hombre de las ratas, para sustentarse ante la mirada del acto psicoanalítico.

¿Pero quién oír, aun entre los que extraen de nuestra meditación sobre este acto, lo que con todo se indica a las claras en estas mismas líneas, qué vendrá mañana a relevar al psicoanalista, y también qué hizo las veces del psicoanalista en la historia?

Que se sepa que estamos muy orgullosos de ese poder de ilectura que hemos sabido mantener entero en nuestros textos, para poner coto, aquí por ejemplo, a la apertura que ofrece la historialización de una situación, apertura bendita para aquellos cuya única prisa es histrionizarla a sus anchas.

Dar a comprender demasiado es abrir paso con callejones sin salida, y nos convertimos en su cómplice si con la misma entrega que sitúa a cada cual en su extravío, procurarnos un suplemento de Allende a fin de que se apresure a encontrar su camino.

De no ser así ¿nos hubiésemos cuidado tanto de acercarnos a lo que se impone por haber situado el acto analítico: el establecer lo que determina a este acto según el goce y, a la vez, las maneras que requiere para preservarse de él? Esto podrá juzgarse por las migajas que quedaron para el año siguiente.

Tampoco allí encontramos augurio alguno que nos dispense porque el corte se haya efectuado.

El interés ha de quedar más acá, para que no falte a lo que prolifera por la simple ignorancia de un lema legado por nosotros al pasaje: al acto, de ese seminario: "que no hay transferencia de la transferencia". Esto es precisamente la piedra de tranca con que tropieza, aunque sin tener la menor idea de lo que articula, la proposición de un próximo Congreso (cf. "The non-transference relationship" in I.J.P., 1969, parte I, vol. 50).

Si no fuera irremediable por haberse entregado al comercio de lo verdadero acerca de lo verdadero (a las terceras de cambio), ese congreso de Roma hubiese podido recoger algo más de lo que de la función y del campo que determina el lenguaje, se profirió allí, una vez, en acto.

Comunicado el 10 de junio de 1969. [58]